

# **Expiación**

Relato ganador del  
II Certamen Universitario de Relato Corto:  
Jóvenes Talentos Booket-Ámbito Cultural

**Eva Díaz-Riobello**

Estudiante de Filología  
de la Universidad Complutense de Madrid



Y aquí estás, con tu vida a medio usar marchitándose por dentro; después de todo siempre lo habías sabido, la única certeza que tuviste sobre ti misma desde que llegaste a este mundo para ponerlo patas arriba desafiando todas las leyes de la lógica, la física y la razón. Acabas de llegar a la última estación, lágrimas de sangre salpican tu ropa, cabellos desparramados sobre la acera, cemento frío que palpas con las manos mientras la oyes sollozar a tu lado. Quizá en algún momento la quisiste, quizá la quieres ahora, cuando ya lo único que puedes ver son las luces rojas que se acercan al otro lado de la barrera...

... Aquella barrera que existía en tu mente mucho antes de que supieras denominarla con palabras. Sólo estaba allí, indicándote un camino que no podías seguir sin aferrarte al presente con todas tus fuerzas, mientras sentías que el suelo desaparecía bajo tus pies y tu cabeza se llenaba de imágenes indescifrables que poblaban tus pesadillas. Apenas pusiste el pie en el colegio, averiguaste que los demás no eran así, podían con-

trolar su conciencia y desconocían su destino, al contrario que tú, incapaz de predecir cuándo uno de aquellos accesos podía dejarte paralizada en mitad del patio del recreo, la espalda arqueada, los ojos en blanco, las imágenes danzando desordenadas. Los otros permanecían en vilo a tu alrededor, demasiado asustados para pedir ayuda, aguardando el momento en que tus músculos se relajaran, tus pupilas enfocasen a uno de ellos y pronunciaras la frase fatal: «No hay opción.»

Porque sólo la había cuando el ataque no era violento. Esos momentos en que estabas tranquila y de pronto «aquello» cruzaba el límite de tu mente, apenas un segundo de certeza, como si el azar te hiciera una sugerencia levantando una esquina del velo. La primera vez comprobaste que no era tan fácil, un escalofrío, hombres revolviendo armarios, llenando bolsas, rajando cojines; pero tus padres no quisieron oír hablar de quedarse en casa, había que ir a la iglesia, y al volver se habían llevado las joyas, el dinero, la casa revuelta, papá llamando a la policía, mamá intentando limpiar, «¡no toques nada, son pruebas!». Y tú sentada en un rincón, pensando que no sería fácil, era real, pero nunca sería fácil... Y para ellos tampoco.

Tu madre revolviendo la olla, había sopa para comer, odiabas aquel brebaje caliente y salado, aquel olor que se escapaba de la cocina e invadía todos los rincones de la casa, pero ese día lo ignoraste, te acercaste a ella, hiciste acopio de fuerzas, aspiraste aire y le dijiste que avisara a la vecina de abajo. Que la avisara, ¿de qué? Que no dejara salir a su hija aquella noche. El ruido de la cuchara al caer, zarandeos, ¿y tú de qué conoces a esa fresca? ¿Eh, a ver? ¿A qué vienen esas ton-

terías? Ándate a tu habitación, tú llorando, dile que no la deje salir, díselo, pero al menos te quedaste castigada y no tuviste que comer la sopa; una sopa que volvería a atragantársete al día siguiente, cuando la vecina llamó al timbre preguntando por su hija, ¿la habéis visto? Anoche no volvió a casa, la mirada de tu madre antes de murmurar una disculpa y cerrar la puerta. Y tú ni una palabra, ¿me oyes? Ya hablaremos luego.

Hubieras querido hablar, contárselo todo, pero «luego» nunca llegó. Sí la policía, haciendo preguntas, tomando notas, recopilando fotos, cualquier cosa que pudiera ayudarles a encontrar a la chica, pero ya estaba muerta; tú lo sabías desde el principio, habías visto su cuerpo tendido sin vida entre los arbustos del parque, en la zona cerrada a los visitantes, hubieras querido hablar, contárselo todo a los policías, pero la mirada de tu madre te cerraba el paso con ojos fríos, una advertencia muda que asomaba a sus iris azules cada vez que abrías la boca. Decidiste traicionarla, implicarla directamente en tu sufrimiento, sólo tenías nueve años, pero tu conciencia te impedía dormir por las noches, te devolvía una y otra vez la imagen de aquel rostro lívido, los labios azules, los párpados abiertos, fijos en la nada.

La traicionaste, le pediste que te acompañara al parque, aceptó, hacía dos semanas que la policía buscaba, no había pistas, arrojaste la pelota al interior de los arbustos, te aseguraste de dar en el blanco, casi pudiste oír el ruido del golpe contra la carne blanda. Tus narinas se hincharon, supiste que estaba allí, «Mamá, cógeme la pelota», «¿Qué quieres?», «Cógeme la pelota, que se ha ido a los arbustos»... «Si es que no tienes cuidado»... El corazón se te encogió al verla apartar las ra-

mas, adentrarse en la maleza, la habías traicionado, tu madre, aquel alarido que te heló las venas, de puro terror, el mismo que sentías tú todas las noches. Algunos niños dejaron de jugar, varias señoras se incorporaron, asustadas, un chico se adelantó a sostener a tu madre, saliendo a trompicones de entre los arbustos, la mirada extraviada, Dios mío, Dios mío, gritaba...

... La habías traicionado, porque ella no quería saber nada, nada, no sabía nada, se lo dijo al guardia del parque, a los policías que vinieron a acordonar la zona, a los vecinos que se acercaron a curiosear, no sabía nada, yo sólo entré a recoger la pelota de mi hija y entonces la vi. Os llevaron a la comisaría a declarar, tú te negaste a volver a casa sola y te agarraste a su abrigo, voy contigo, mamá, voy contigo, no podías dejarla; la habías traicionado, pero ella no te miraba, no respondió al contacto de tu mano, no acarició tu cabeza, sus ojos observando el tráfico, los coches, la mesa del inspector que os recibió; la habías traicionado, ya nunca te miraría a los ojos, había cruzado la barrera, no volvería jamás a tu lado... mamá, mírame... su mano fría, su mirada perdida, su boca crispada...

Se llamaba inspector García, os lo dijo en una pausa entre llamada y llamada telefónica, vosotras permanecíais expectantes ante su escritorio, tú no habías querido quedarte en la sala de espera, observabas a aquel hombre viejo, te parecía viejo, canas en el bigote, en el pelo castaño, corpachón pesado, chaqueta arrugada; un día descubrirías que aún era joven, pero entonces sólo lo observabas con angustia, un pasatiempo para evitar mirarla, sus ojos fijos en la pared sucia, grietas en las esquinas, carteles de busca y captura, fotos de la chica con

el pelo suelto, sonriente, las mejillas sonrosadas, sus ojos clavados en ti como si te diera las gracias; pero estaba muerta, y tú lo sabías, lo supiste desde el principio, pero algo se te escapaba, rondaba por los confines de la barrera, una pieza más que no estabas decidida a observar, porque ella sufría, sufría por tu culpa...

Fue allí donde tomaste aquella decisión, él hablaba a unos ojos azules que no le miraban, ha sido providencial que usted encontrara el cadáver, habíamos peinado todo el parque sin resultado, esa zona debió de quedar sin inspeccionar, aún podremos averiguar algo con la autopsia, ¿quiere una taza de café? Tal vez su hija debería esperar fuera, ¿le importaría darnos sus datos? Es pura rutina, siento mucho las molestias causadas, una vez más, gracias por todo, Santos, acompáñelas a la puerta. Se inclinó para darte la mano, todo parecía una broma, sólo tenías nueve años, hubieras podido hablar, contárselo todo, hacer salir aquella pieza oculta que se escondía tras el velo, era importante, pero ella sufría, sufría por tu culpa, y no dijiste nada. Decidiste callar. Porque la querías, decidiste callar.

Tenías pesadillas por las noches, habías comenzado a ignorar aquellos suspiros que llevaban la verdad a tu mente, aquellos soplos que levantaban una esquina del velo, no existía el futuro, no existía nada, sólo existía el presente, y aquellos ataques eran de ansiedad; mentiste a los profesores, mentiste a los médicos, mentiste a los que te creían cuando volviste a tener uno de aquellos accesos, un escalofrío en la espina dorsal, dolor en la nuca, puntos rojos ante tus pupilas, dijiste que estabas mareada, eso dijiste mirando al suelo, las imágenes recién impresas en tu memoria...

... No volverías a mirar al otro lado de la barrera, no volverías a presagiar la desgracia, ignoraste la opción, muchas veces la hubo, pero cerraste los ojos, dejaste que tu padre tuviera aquel accidente de coche, tres costillas rotas, fractura en el brazo, un mes de baja; consentiste dos incendios, varios robos que salieron en los periódicos, un secuestro que tuvo a la comunidad en vilo. Y dejaste que siguieran desapareciendo dos, cinco, seis chicas, una por año, las veías muertas, sus ojos acusadores persiguiéndote en la noche, recordatorios mudos de faltas que conseguiste ignorar...

Al llegar el día te levantabas, un poco más alta, más seria, más vieja, te mirabas en el espejo, sólo tenías quince años, pero ya te sentías vieja... Luego te lavabas la cara, te cepillabas el pelo, negro, espeso, las arrugas se deslizaban por el desagüe y el agua arrastraba el mal humor lejos, cañerías abajo. Entonces una sonrisa empezaba a despuntar en tus labios y olvidabas, perezosamente, aprovechando los últimos jirones de sueño, olvidabas con una amnesia adquirida tras largos meses de insomnio, e intentabas vivir pese a todo. Después, el beso de tu madre, el sonido de la radio, la leche caliente... te envolvían en un abrazo reconfortante, tanto que llegabas a creer que la indiferencia era posible.

Para cuando llegabas al colegio eras ya una chica normal, sin nada que te diferenciase de tus compañeras, el uniforme bien planchado, las ojeras de sueño, las uñas mordidas, y Ángela te recibía en la puerta sonriendo, siempre lo hacía, una sonrisa que iluminaba el oscuro corredor que conducía a vuestra clase, agarrándote del brazo mientras te hablaba, daba igual el tema, ella siempre hablaba, su voz tenía un matiz musical que te



obligaba a escucharla fascinada, quizá por eso te eligió como amiga, deberíais veros a las dos, decía la profesora, una no calla y la otra parece muda, tendrían que encerraros juntas a ver si llegáis a un término medio...

Era siempre igual, a Ángela le hacía gracia, pero tú decías que ojalá un día se te pegara de verdad algo suyo, unas hebras de su cabello rubio, alguna chispa de sus ojos brillantes, del color de la miel y el caramelo... Ella era la luz y tú la sombra, a veces lo pensabas acariciando tu pelo espeso, negro como el plumaje de un cuervo agorero, y reías sola por lo acertado de la metáfora; reías contemplando tu piel blanca, tus labios pálidos, la sombra del insomnio cercando tu mirada gris, su brillo reflejado en los vidrios de las ventanas, hipnotizándote hasta que la voz de la maestra te hacía salir de tu ensueño hacia la negra amenaza de la pizarra, «Veamos si te hacen tanta gracia las integrales», la sonrisa de Ángela animándote desde la última fila...

Quizá por eso nunca llegaste a odiar las matemáticas, ni el colegio, el olor a cera y lejía de los pasillos, la quietud fantasmal tras los recreos, los deberes, las normas, todo podía resultar interesante si Ángela estaba contigo para contártelo. Su don era narrar historias, tú lo sabías desde que os hicieron compañeras de pupitre, ya no recordabas cuándo, quizá después del último ataque, aquel con el que iniciaste una peregrinación por hospitales y consultas en busca de una explicación lógica a un mal que los médicos no encontrarían. Tú sabías que la culpable era aquella niña flaca, se sentaba a tu izquierda y tosía todo el tiempo, pero después de aquello no volvió al colegio y decidiste no preguntar por qué.

Aún no habían terminado las radiografías, las inyecciones, la lista de enfermedades tachadas una por una... Llegaste a clase después de una larga estancia en hospitales de salas blancas y enfermeras amables, «toma un caramelo», «te has portado muy bien», ni siquiera te fijaste en ella, tu mirada vagaba por el suelo y las lágrimas empezaron a fluir lentas, cálidas, mojando tus labios apretados en un intento desesperado por fingir serenidad. «Todo va bien», susurraste a quien te cogió la mano. Pero el nudo en tu garganta te impidió continuar y la voz se te quebró en mil cristales.

Lloraste las horas de espera, lloraste los tubos de suero y los halógenos blancos, lloraste hasta que otra voz reemplazó a la tuya y robó tus palabras para trenzarlas entre los hilos de una historia diferente, sin hospitales, sin desmayos, sin pesadillas. Tus ojos se secaron al compás de aquella voz musical que torcía tu realidad y te hacía protagonista de una vida distinta. Una vida feliz. Una vida en la que Ángela soplabla sobre las heridas y calmaba el dolor. Una vida que desde entonces iba a ser contada por un narrador menos cruel.

No volverías a mirar al otro lado de la barrera, no volverías a presagiar la desgracia... Y así dejaste pasar seis años ahogando tus temores en la blancura del tocadore, dejándolos fluir con los restos del sueño y creyéndote la realidad diurna que te rodeaba. Las visiones pronto se convirtieron en confidencias susurradas al oído de Ángela, que volvió a narrártelas cambiando los finales. Entreteníais las horas muertas de los recreos hilando relatos en los que la protagonista era siempre una hermosa versión de ti misma, una joven de pelo negro y ojos grises como un día de tormenta.

Comenzabais a hablar las dos, pero siempre terminabas guardando silencio, dejando que fuese ella quien hilvanase la historia ante una audiencia que se iba congregando poco a poco a vuestro alrededor, hechizada, siguiendo con expresión incrédula aquellos cuentos extravagantes, cuentos que removían recuerdos y abrían heridas en la memoria de algunos. Entonces, sólo entonces, cerrabas los ojos, dejabas la mente en blanco, y en su voz sentías purgados todos tus demonios. Así consentiste que siguieran desapareciendo dos, cinco, seis chicas, una por año, ojos muertos persiguiéndote en la noche, olvidados con una amnesia fingida, fatal...

...Hasta que un día las historias de Ángela cambiaron. Ya no relataban terrores nocturnos ni velos oscilantes. Las premoniciones negras se convirtieron en amores dolientes, apasionados, prohibidos. Y la protagonista también se transformó. Su pelo se volvió rubio, sus ojos adquirieron una tonalidad ambarina, como la del caramelo líquido, y tú no supiste comprender lo que ocurría. La voz musical de Ángela se había oscurecido con notas desconocidas, notas que sólo algunas compañeras precoces supieron identificar, sonrisas maliciosas, codazos disimulados entre una audiencia cómplice.

Aquel día aguardaste con impaciencia la revelación que sentías merecer, esperaste la confesión de Ángela con un desasosiego creciente, sintiendo cómo fantasmas que creías olvidados volvían a tomar posesión de tu cabeza. Porque algo rondaba detrás del velo, algo que habías ignorado y ahora volvía, dando vueltas, jugando contigo, un cabo suelto que coleaba, un error que venía

a pasarte factura. «Estoy enamorada», dijo ella, y tú suspiraste, sin saber aún si era alivio o ansiedad ese vacío que oprimía tu estómago. «Hoy le conocerás. Es mayor. Va a venir a buscarme a la salida», puntos rojos titilando en el aire, escalofríos en la espalda, presagios fatales que te sacudieron apenas cruzaste el portón y vislumbraste su silueta apostada en una esquina.

Ángela te guió entre el tumulto de gente hasta que su rostro se hizo visible. Fue entonces cuando el fogonazo te hizo caer de rodillas al suelo, tu espalda se arqueó mientras tratabas de asirte a su mano, a cualquier cosa que te impidiera hundirte en aquel pozo negro donde las imágenes danzaban desordenadas, donde tú sólo tienes nueve años y un alarido te hiela la sangre; niños callados, señoras que se incorporan asustadas, tu madre que avanza a trompicones entre la maleza del parque y un joven que se adelanta a sostenerla, un joven que siempre ha estado allí, observando, acechando, un chico mayor cuyo rostro se inclina ahora sobre ti, preocupado, tu cuerpo tendido en la acera, los pies en alto, «la ambulancia vendrá en seguida», te dice.

Sabes que aún no ha terminado, que ese algo oscila detrás del velo, colea, se mueve, y estrechas con fuerza la mano de Ángela, juras en silencio que sí la protegerás. «No me dejes sola», le suplicas aferrándote a ella, tratando de no mirar al protagonista de tus pesadillas. Miradas de duda cruzadas entre ellos dos, sirenas de ambulancia y enfermeros haciendo preguntas. «No me dejes sola», te niegas a soltarla cuando te tumban en la camilla, quieres atraerla contigo al hospital, alejarla de un peligro que se cierne cada vez más rápido sobre vosotras. Pero ya te levantan en vilo, ya se cie-

rran ante ti las puertas de la ambulancia, y apenas vislumbros su rostro entre la multitud que se aleja.

Entonces gritas. Gritas de impotencia. Gritas de dolor y de locura. Gritas que te dejen volver a su lado, gritas para confesárselo todo, que tus historias no son inventadas, que los malos presagios se cumplieron y los muertos reposan bajo tierra. Gritas y el último rescoldo de lucidez devuelve a tu memoria un recuerdo perdido. Un hombre hablando por teléfono. Fotografías clavadas con chinchetas. Jóvenes sonrientes mirándote desde la pared desconchada. En un último esfuerzo, clavas tus ojos en el enfermero que te toma el pulso y pronuncias ese nombre antes de perder la conciencia. Y entonces te sumerges en la negrura, no sabes dónde...

... te sumerges, y lentamente las olas te devuelven a la orilla, a una playa de silencio y sábanas blancas. Parpadeas. En tus pupilas se clava la odiada luz de los halógenos, mientras palpas con las manos la superficie de un lecho extraño. Tu cuerpo obedece a regañadientes las órdenes de tu cerebro anestesiado y por eso no te percatas de que hay alguien más en la habitación. Está sentado junto a la puerta y emite una tosecilla discreta, casi tímida, de esas que se emiten en presencia de los moribundos. Le miras y reconoces al instante su figura robusta, las canas en las sienes y el rostro áspero, con barba de varios días.

El inspector García apenas ha cambiado después de tanto tiempo y piensas que aún le ha dado tiempo a fracasar seis veces, a detener su carrera en un punto de no retorno. Crees que esas arrugas nuevas que surcan su rostro son el resultado de las muertes que tú

pudiste evitar. Y entonces te das cuenta de que piensas en voz alta, pero no te detienes y sigues hablando, contándole todo lo que callaste la primera vez, las pesadillas, la pelota lanzada a propósito, los ojos acusadores persiguiéndote de madrugada, ojos a los que dotas de nombres y apellidos, de apariencia y de identidad. Hablas sin apenas tomar aire, sabiendo que el tiempo corre en tu contra. Hablas y presientes las pupilas dilatadas del inspector al reconocer datos ocultos en secretos de sumario, detalles imposibles de conocer que tú llevas grabados a fuego en la memoria.

Cuando terminas, el inspector se ha levantado y da vueltas por la habitación, presa de la inquietud. Se pasa las manos por el pelo y saca un teléfono móvil. «Te creo», dice antes de marcar, «indícame dónde puedo encontrar a tu amiga y su novio. Es todo lo que necesito para ayudarte». Tú rompes a llorar, agradecida, y recuerdas que habían planeado ir al parque. Le escuchas pedir refuerzos a la comisaría, es importante, sí, sí, siete chicas, tenemos al asesino. Cuelga y se marcha apresurado. Y tú rezas. Rezas, no sabes a quién, para que no sea demasiado tarde. Rezas, no sabes cuánto tiempo, hasta que sientes un escalofrío en la nuca...

... Y tomas conciencia de la magnitud del engaño...

Espasmos. Sangre. Ira. Un aullido que aterroriza a las enfermeras, que te mantiene rígida en un shock prolongado, una alucinación en la que crueles carcajadas hieren tus oídos. Porque has caído en la trampa, algo se movía, coleaba tras el velo y lo has tenido ante tus ojos, has escuchado confiada sus mentiras, has puesto en sus manos a tu amiga y le has proporcionado el culpable perfecto. Y el resto da igual. Porque a

los demás les dirá que estás loca y que tu amiga ya estaba muerta cuando llegó. Sólo así sumarán siete chicas. Siete muescas grabadas con cuchilla en los jirones de tu alma.

Gritos, manos que te sujetan y te impiden huir, enmendar los errores que has cometido. Aguja que perforan tu piel, cables arrancados entre lágrimas mientras forcejeas, desesperada, pides ayuda e intentas no oír las carcajadas de burla que resuenan en tu cabeza. Muerdes, arañas, pellizcas y consigues zafarte y correr, no sabes adónde. Corres, corres, ya estás loca, pero no importa, sigues las órdenes emitidas desde algún lugar de tu mente que aún permanece lúcido. Corres, corres al encuentro de un destino que intuyes maldito, corres sin detenerte, corres...

... Y aquí estás, con tu vida a medio usar marchitándose por dentro. Después de todo siempre lo has sabido, la única certeza que tuviste sobre ti misma desde que llegaste a este mundo para ponerlo patas arriba, desoída por unos, negada por todos. Acabas de llegar a la última estación, vacía, oscura, donde ya no te quedan trenes por coger. Lágrimas de sangre salpican tu ropa, cabellos desparramados en la acera, tu cuerpo interpuesto entre el destino y el coche donde viajaba el causante de tu sufrimiento. Cemento frío que palpas con las manos mientras oyes a Ángela sollozar a tu lado, susurrando tu nombre como una letanía, «Sandra, Sandra, perdóname, Sandra...».

Quizá en algún momento la quisiste, quizá la quieres ahora, cuando ya lo único que puedes ver son las

luces rojas que se acercan al otro lado de la barrera. Luces de ambulancia, gritos de policías, agentes incrédulos que la han descubierto encerrada en el maletero, después de retirar el cuerpo sin vida del inspector. Ahora Ángela sostiene tu mano y sus lamentos te acompañan al otro lado del velo, te traen recuerdos de otras vidas, de otras batallas, de otras muertes, aquella guerra olvidada que tú y los tuyos pudisteis ganar. Y mientras te alejas lentamente, comprendes que es tu maldición, que nunca expiarás tus culpas y que tus verdades serán siempre desoídas.

Los dioses nunca te perdonarán, Casandra.